



EL SANTUARIO UN LUGAR INOLVIDABLE

Devocional de Los Perseveradores

Estaba observando unas fotos de los cuartos que tenían unos soldados de Estados Unidos, fallecidos recientemente en Irak y Afganistán. Dichas imágenes fueron tomadas en la casa de sus familiares y, obviamente, para tomarlas les pidieron el respectivo permiso a sus padres. Al observarlas detenidamente, pude determinar algunas cosas que les gustaba practicar, como sus deportes preferidos, así como los obsequios que les habían entregado sus amigos y parientes, los cuales adornaban sus recámaras.

Estos hombres y mujeres murieron con un promedio de edad entre los 19 y 23 años, estaban empezando a vivir...

Todos ellos tenían una familia que los amaba, por lo que el impacto de la noticia del fallecimiento, hizo que sus padres dejaran esos cuartos como pequeños santuarios. Unos lucen impecables, otros muestran lo contrario: evidencian que el día que viajaron a la concentración iban retrasados, por lo tanto, la cama luce desordenada; no obstante, la familia la mantuvo tal y como ellos las dejaron, porque así los pueden recordar mejor.

Cuando estaba a punto de finalizar la presentación de las diapositivas, una foto captó mi atención y fue la del piloto de primera clase Carl L. Anderson. Este hombre dejó su cuarto impecable, pero al fijarme en el edredón que cubre su cama, sus familiares y amigos escribieron frases de amor donde expresan lo importante que fue Anderson para ellos. Si obtuviéramos un permiso de la madre o el padre para ingresar a la habitación de Anderson, nos advertirían: “¡entren pero no toquen nada...!”

Esa frase de ver y no tocar, me recuerda a Pedro y a Juan cuando fueron a toda prisa al santuario de la tumba del Señor Jesús para verificar si era cierto el testimonio que habían dado María Magdalena y otras discípulas en cuanto a la resurrección del Salvador.

Juan llegó primero “Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos allí, pero no entró. Luego llegó Simón Pedro, tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino arrojado en un lugar aparte” (Juan 20:5-7).

La Biblia nos dice también que Juan entró luego al sepulcro, “vio y creyó” (Juan 20:8b).

Jesucristo había resucitado, las evidencias eran contundentes, todo estaba ordenado, limpio y, lo mejor de todo, no estaba el cuerpo del Señor crucificado. Ese cuartito pequeño de la tumba, fue el lugar idóneo para que Dios hiciera el milagro más precioso.

Si pudiera haber estado en ese momento, me hubiese gustado escribir fuera del santuario sagrado: ¡GRACIAS SEÑOR POR TU AMOR, POR TUS PROMESAS Y PORQUE CONTIGO TENEMOS ESPERANZA Y VIDA ETERNA!

Para finalizar esta enseñanza queridos amigos y amigas, recuerden que no debemos temer a la muerte, no importa que nuestro cuerpo sea puesto en una tumba, que luego la cierren y la sellen, porque ese lugar no puede retener la promesa que nos hizo el Señor a todos los que hemos creído en Él: LA VIDA ETERNA.

©2010 LOS PERSEVERADORES

Recuerde enviar este devocional a sus amigos y amigas, motívelos para que se suscriban a

Los Perseveradores, al E-mail: ronald_mora@losperseveradores.org

También, pueden contactarnos en: www.losperseveradores.org / Tel: (506) 8867-9589 / Escazú, Costa Rica.